

ERNESTO LAROCHE
Director del Museo Nacional de Bellas Artes

ALGUNOS

PINTORES
Y
ESCUPTORES

COMPRADO A:
El libro argentino
FECHA: X-61 PRECIO \$2000

927.5 L326a
Algunos pintores y escultores
Laroche, Ernesto



FARQ20071

EDICIÓN DEL MINISTERIO
DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL
REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY
1939



PROLOGO...?



ESTE libro ha nacido con vida propia y larga. Por dos fundamentales razones: porque no solamente evoca con perfiles exactos y emoción sincera figuras desaparecidas, algunas de las cuales discurrieron en días ya lejanos por nuestras calles y nuestras salas de arte; dejando en ellas estela bien marcada de su pasaje, sino porque en su evocación ha puesto el autor mucho jugo de su alma de artista y de soñador. Un soñador de la estirpe de los que se nutren de realidad para elevarse a las regiones de la poesía, y un artista que humedece su retina y su espíritu en la naturaleza para llegar, por conocimiento y gusto de sus misterios, a esas armonías de dibujo y color, de luz y de espacio que exaltan todas sus creaciones pictóricas. ¿Necesitará presentación un libro de tal jerarquía y conciencia y de pintor de tal prestigio y autoridad?... Confieso que he hecho algunos prólogos, o cosa que presumían serlo, y que tiempo hubo en que me perseguían con torturante ensañamiento. Y también confieso que no me duelo de ellos, porque sería sonrojarme de actos de mi exclusivo albedrío, y, al propio tiempo, negar dos verdades positivas: la de la paternidad que los mismos pregonan y la que en su entraña, más o menos fecunda, esparcí voluntariamente. En más de una ocasión, sin embargo, y en momentos en que la potencia vigilante e inexorable que todos llevamos en nuestro interior se divierte, en complicidad con el recuerdo, en aventar el polvo que cubre las acciones realizadas con o sin premeditación por el hombre, obligándolo a entornar los párpados para huírle a la sangre que con color de vergüenza se le agolpa en las mejillas, me he formulado, como en acto de contrición, estas preguntas: ¿Han servido para algo esos prólogos? ¿Han prestado a los autores y a las obras, aunque sólo fuera en intención, el amparo que pretendían extender sobre unos y otras? Con franqueza: créo que no. Tampoco creo que hayan servido, en cuanto a mejorar la calidad de la producción prologada, dígase lo que se quiera, los muchos, y algunos de ellos ma-

ravilla de elocuencia, aticismo y belleza, que desde las horas de esplendor de la tragedia griega hasta nuestros días se han concebido y escrito. Absurdo sería desconocer que el prólogo ha sido en determinadas épocas una necesidad y toda una severa y protocolar institución, como lo fueron las disertaciones de los mantenedores en los Juegos Florales, y lo es todavía la de los discursos en los banquetes y la de las oraciones fúnebres en los entierros: homenaje éste que a la tradición, motejada por algunos de costumbre o de rutina, rinden los espíritus conservadores, y muy en especial, los antitradicionalistas activos. Gozó el Prólogo —y de ahí su inevitable intromisión en las obras literarias y escénicas de muy dispares categorías— de un fervor tan encendido que por fuerza debía de hacer acto de presencia en los teatros de todas las edades y latitudes, encarnando unas veces, y otras sustituyendo la personalidad del autor, con el objeto de orientar al público en la manera de leer, oír y entender —pues de una función a otra va mucha distancia— la pieza a representarse, para evitar las forcidas interpretaciones que provocaban y provocan siempre, con exposiciones o sin ellas, desde la época sabia de Homero hasta esta que disfrutamos alegre y confiadamente, y que nada tiene de sabia ni de griega... Para el libro que ofrece algo más que un complicado malabarismo de vocablos y aspira a labrar hondo en la vida de las ideas y de los sentimientos, y que de paso intenta, como el de Laroche, definir posiciones entre las figuras que en el transcurso de su existencia, empujadas por anhelos superiores, combatieron denodadamente en el mundo de las ciencias y de las artes, el prólogo es un lujo superfluo y negativo desde cualquier punto de vista que se le encare: porque si el libro encierra valores indiscutibles —y es el caso del que motiva estas líneas—, nada de lo que pueda afirmar el prologuista ha de ser factor decisivo de sus méritos, puesto que estos méritos constituirán el único origen y efecto del triunfo que logre alcanzar; y porque si nace huérfano de sustancia y de otras bondades vitales, le ocurrirá fatalmente lo que a los individuos que presumen de valentía o de saber sin darse cuenta de que del físico del hombre se desprende siempre algo que pertenece al espíritu, según la frase de un ensayista moderno. Ernesto Laroche ha preparado lenta y concienzudamente, con materiales tan interesantes como auténticos, que es decir suyos, un libro revelador de valores desconocidos u olvidados —que el olvido horada más que el desconocimiento—, reconstruyendo con arte amplio, sencillo y transparente, como los ambientes y cielos de la mayoría de sus cuadros, figuras que han demarcado áreas y momentos trascendentales en nuestra gesta cultural. ¿Qué puedo decir yo de su labor silenciosa que no lo descubra el mismo con su lealtad característica, de sabor agrio para algunos, no siempre grata para los oídos y la vanidad de

otros, pero invariablemente al servicio de causas limpias de toda impureza y con direcciones espirituales o artísticas bien especificadas? Tanto en su existencia de modesto ciudadano como en la agitada de artista fecundo, expuesta a todas las caricias y tornados de la popularidad, ha sido siempre un ejemplo de consecuencia, de energía y de verdad, cualidades que exceden a las que se necesitan para aproximarlos, si no incluirlos, al clima propicio a todo temperamento de alto nivel. Sus telas, sus estudios de arte, sus actos, sus amores y hasta sus odios mismos —¿quién no los ha alimentado alguna vez?— y por los cuales ha apurado muchas amarguras y satisfacciones, son rasgos comunes de la actividad mística, como lo es el amor a la belleza, espiritual o simplemente plástica, innata en su ser, y que abre una senda que conduce a la realidad de lo inefable y perfecto. La labor investigadora paciente, constante, que ha realizado revolviendo archivos, escarbando en los periódicos de muchos años atrás, cavando siempre en la memoria del tiempo para arrancarle el dato preciso, ignorado, pero iluminador de toda verdadera biografía, ¿no recuerda la de aquellos inolvidables renacentistas, también místicos a su manera, Donatello y Brunelleschi, escultor admirable el uno, arquitecto máximo de su edad el segundo, que trajeados de obreros remueven el suelo de Roma en busca de tesoros artísticos —estatuas antiguas, construcciones subterráneas, decoraciones murales, alcantarillas que, según Michelet, hubieran podido dar ancho paso a los triunfos de César— y que después de esfuerzos infinitos y del total agotamiento de sus escasos recursos, han de contratarse para vivir y trabajar en un taller de joyería? Más afortunado que ellos, sin duda porque no ha gustado jamás las sensaciones del “buscador de tesoros”, y menos las del que los descubre, queriendo sólo ser, como lo es, un espíritu inquieto, enfermo de incertidumbres y sueños propios de las naturalezas poéticas, Laroche ambicionó desde sus primeros años, apenas familiarizado con el dibujo, y por espontáneo afán de mejoramiento y de cultura general, romper lanzas con el pincel y la pluma, según los trances lo exigieran, por el triunfo de ideales artísticos elevados, y sobre todo nacionales, bien cargados de sabor de la tierra, de su aire sutil o enervante, y bien nutridos de reflejos de su cielo, hondo y generoso de color y luminosidad. Desde la calma de su taller, donde fué forjando a fuerza de músculo y perseverancia su personalidad hoy consagrada de paisajista; desde el silencio de su gabinete del Museo Nacional de Bellas Artes, que favoreció y ensanchó su visión y concepto de la pintura y demás expresiones plásticas; y, por último, desde la Dirección del mismo Museo, a la que ascendió por razones de derecho y mérito —no por favores ni rebajamientos inconfesables— a causa del deceso, siempre lamentado, de aquel gran espíritu caballeresco y talento

vastísimo que fué Domingo Laporte —no apreciado en toda su integridad y grandeza, ni en vida ni después de muerto— se entregó con ahinco a la investigación de datos y elementos indispensables para la formación de una historia documentada del origen y desarrollo de las artes en la República, todavía sin escribirse. Buscó por ese conducto la forma de sacudir y estimular sin descanso el interés del público hacia todos los aspectos que, al impresionar su curiosidad, contribuyen a mejorarlo en el sentido de la atención, de la comprensión y de la devoción por los placeres estéticos, que no deben ser, ni son patrimonio particular de los escogidos. Consecuencia de este empeño noble y desinteresado es la serie de apuntes biográficos, referencias y monografías de algunos pintores y escultores nacionales y extranjeros ya fallecidos —representados en el Museo Nacional— que resurgen a nueva vida por su esfuerzo, por el cariño que puso siempre, mezclado con algo de la fiereza del que se desvela y lucha por intereses de sangre o de afectos muy íntimos, en defender la riqueza confiada a su cuidado, salvando también con ella del olvido y de la indiferencia la producción y los nombres de los que la formaron y entregaron al Estado para gloria de su cultura. Escritos con finalidad educativa, abundan, por necesidad pedagógica, en datos esenciales para destacar el volumen de los artistas citados y de algunas de sus creaciones, con lo que fija lo que yo llamaría el ciclo de la pintura clásica en el país, iniciado brillantemente con Juan Manuel Blanes y cerrado por hoy con Domingo Laporte y Carlos María Herrera, de recia contextura los dos. Aparentemente aisladas entre sí, sin conexión real, las monografías mantienen, sin embargo, el título que, el autor puso a cada una de ellas, sin otro objeto que el de guardar, dentro de su misma heterogeneidad, la armonía individual que las caracteriza, y que, con buen acierto, no ha querido modificar. La exactitud de las afirmaciones que contienen, fruto de la reflexión y convicción del artista, se robustece con las obras existentes de los pintores y escultores desaparecidos que han sido objeto de su estudio, abonadas todas ellas por la obra sólida y amplia del mismo escritor, de notoriedad firme, continuada durante muchísimos años de labor, de una labor ceñida a las más austeras disciplinas de la especulación intelectual, cultural y administrativa —como artista, como profesor y como administrador— y en cualquiera de cuyas trazas y actividades jamás libró a la improvisación ni a la impaciencia el éxito de su intento de despejar de sombras la ruta orientadora que sólo puede señalar la honradez de juicio y la experiencia adquirida a lo largo de una vida activa de pensamiento y de acción. Para juzgar a sus biografiados, y sus respectivos lienzos, esculturas, etc., que desfilan en desordenada disciplina por las páginas del volumen, Laroche se situó en la posición que adoptaría un técnico consciente para analizar y valorar, libre de antagonicas pasiones de tendencias y

escuelas, las obras u objetos que a su capacidad de juicio se ofrecieran. De ahí la precisión de su análisis y la equidad de su fallo, que, respaldados por antecedentes tan serios como la investigación directa, un contacto permanente con el Arte durante más de cuarenta años y los archivos oficiales existentes, son testimonios irrefutables que cimentan la solidez de su obra, y que la convierten en una de las fuentes más puras y destinada a prestar útiles servicios a todos los codiciosos del génesis, evolución y desarrollo de nuestras artes plásticas. El historiador de las mismas —ya que, vuelvo a repetirlo, la Historia está por escribirse todavía, pues no son muchos ni siempre acertados los ensayos que de tarde en tarde han surgido tímidamente— encontrará en estas monografías un aliciente poderoso para secundar tan encomiable ambición, cuya iniciativa nadie podrá disputar, sin embargo, al actual Director del Museo Nacional de Bellas Artes. Los elementos de trabajo sobran, y sobran los artistas que los prepararon con amor y sacrificio, y que con ellos adquirieron un derecho sagrado —que por su misma esencia cobra valor de desagravio y justicia— al recuerdo perenne y a la admiración agradecida de las generaciones que, en su inquietud perpetua, avanzan presurosas hacia la revelación de lo desconocido.

EDUARDO FERREIRA.

19 Junio, 1938.